

**LA CONSTRUCCIÓN DE LA
SUBJETIVIDAD EN LAS OBRAS
LITERARIAS DE
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.**

**THE CONSTRUCTION OF
SUBJECTIVITY IN JOAQUIN V.
GONZÁLEZ'S LITERATURE**

Miguel Ángel Oviedo Álvarez*

RESUMEN

En las obras literarias de Joaquín V. González existen rasgos subjetivos que nos hablan de su lugar de nacimiento (Nonogasta), su provincia (La Rioja), su familia patricia y su forma de encarar la contingencia nacional. En este trabajo se consideran tres obras: Mis Montañas, Cuentos y Tradiciones. Y también la importancia de Joaquín V. González en el proceso de formación de la Nación Argentina y su acceso a la modernidad.

PALABRAS CLAVES: Literatura, Modernidad, Región, Subjetividad.

* El autor pertenece a la Universidad Nacional de La Rioja- Universidad Nacional de Chilecito, Argentina, (oviedoalvarez@hotmail.com)

ABSTRACT

This is so because he inherited Caseros generation's predecessors who are situated within '37s and whose revolutionary ideals belonged to those of 1810. His strong culture and political work in Argentina during the late 19th and early 20th centuries is also present in this work as well as *Mis Montañas* and *Cuentos* and *Traditions* works which evidence subjective marks that belong to González's birth place (Nonogasta), his province (La Rioja) and his aristocratic family. This work also considers Joaquín V. González preponderant role in Argentine history as well as its formation process as a Nation and its access to modernity.

KEYWORDS: Literature, Modernity, Region, Subjectivity

Introducción

Los objetivos que se plantea el presente trabajo se refieren en primer lugar a rastrear el carácter autobiográfico en *Mis montañas*, *Cuentos e Historias*. Quizás, las obras literarias más conocidas del intelectual riojano. En segundo lugar, valorar la subjetividad literaria de un partícipe de la creación de la nación argentina en el siglo XIX y, finalmente, ubicar generacionalmente a Joaquín V. González.

Generacionalmente Joaquín V. González pertenece al Modernismo cuya época de gravitación en la literatura argentina coincide con la llegada al país en 1896 de Rubén Darío.

Actuó junto a la Generación del '80 y probablemente, por ese motivo, algunos críticos lo ubican allí. Nació en 1863 y murió en 1923 y en el '80, sólo tenía 17 años.

Su narrativa, en términos discursivo/narrativos, está fuertemente signada por la referencialidad autobiográfica coincidentemente con la característica obsesiva de la literatura producida en el surgimiento de la modernidad: una preocupación por dejar huellas subjetivas de las personalidades que estaban construyendo una nueva sociedad.

Esa sociedad moderna se encuadra en un marco de realizaciones culturales y simbólicas cuando se avanzaba hacia la construcción de la modernidad y la incorporación al modo de producción capitalista. La "modernidad" era una empresa de la razón que combinaba la filosofía con el desarrollo productivo de diferenciación cultural urbana. Noé Jitrik (1997) afirma que la disciplina filosófica era un sistema formado por la racionalidad política económica liberal y el positivismo de carácter spenceriano. José Joaquín Brunner (1992) dice que la modernidad se incorpora a las sociedades latinoamericanas y sus culturas bajo el impulso de la integración a los mercados internacionales con sus efectos en el despliegue de las múltiples racionalidades conforman la sociedad.

A este proceso lo pensaron los hombres de la generación del '37, herederos de las generaciones que consolidaron la independencia política en 1810 y en 1816, cuya concreción económica y política tomó forma entre 1880 y los primeros años del siglo XX. Aproximadamente cuarenta años duró la construcción del dispositivo simbólico de construcción de la nación. Intensos debates socioculturales ocuparon la escena nacional durante la transición del siglo XIX al siglo XX: el aumento de la inmigración desencadenó discusiones acerca de la identidad; las controversias por la estabilidad política y económica; el surgimiento de nuevas formas literarias el nativismo entre ellas; la fundación, construcción y desarrollo del Sistema Educativo; la irrupción de los primeros conflictos sindicales; el problema de la lengua nacional y sus cuestiones concomitantes –la enseñanza de la lectura y la escritura-; la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires en 1896; la reconciliación con España y el reconocimiento de su herencia cultural.

Hacia el '80 se habían superado muchos obstáculos para el surgimiento “de la nueva nación”: el “caudillismo” y la anarquía promovida por Juan Manuel de Rosas (1793-1877) se había aquietado; se había superado la falta de unidad nacional evidenciada luego de Caseros. Recordemos que la Constitución unitaria de Bernardino Rivadavia (1780-1845) no logró unir a un país anarquizado que tampoco aceptó la Constitución dictada por la Convención que convocó Justo José de Urquiza (1801-1870); Buenos Aires se sintió segregada y se aisló hasta que después de diez largos años de conflictos y desacuerdos y luego de la batalla de Pavón -17 de septiembre de 1861- el país empezara a unificarse bajo el signo del liberalismo. Se puebla y se educa a la naciente Nación, según los criterios de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento.

Noé Jitrik (1997) sostiene que en *Facundo*, Sarmiento traza el derrotero que debía seguirse después de la caída de Rosas: “poblar, educar y organizar la libertad”.

Las ideas de Sarmiento encuentran en Bartolomé Mitre (1821-1906) un jefe decidido a apoyarlas, ya que le ayudarían a llevar a cabo su plan político, e integra Buenos Aires a la Confederación con la finalidad de unificar al país del que después sería presidente (1862-1868). Para transformar la realidad comienza a importar capitales europeos, fomentar la inmigración, ordenar el Estado y desarrollar la educación pública.

Junto a la llegada de los inmigrantes europeos comienza la extensión de los ferrocarriles, se empiezan a alambrar los campos y a considerar el problema del indio y las inseguridades que provocaban.

José Luis Romero (2013) afirma que hasta ese entonces la inmigración era un

instrumento del progreso económico, gracias a ello creció la producción y durante la presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880), se logró exportar cereales e inaugurar una época de prosperidad económica.

Romero (2013), aporta un dato elocuente sobre el crecimiento de la llegada de inmigrantes en 1862 llegaron 6.716 inmigrantes; en el curso del año 1880 vinieron 41.651 y la cifra había ascendido a 70.000 en 1874.

El acceso a la modernidad marca, en términos de Paul de Man citado por Nora Catelli (2007), un momento autobiográfico que es la narración de la propia vida, de la experiencia objetivada.

Mis Montañas

Mijail Bajtín (1982) en el capítulo I de *Estética de la creación verbal*, dice que el rasgo más singular de la literatura autobiográfica es el hecho de que el personaje es el autor y comprende su vida de manera estética. En *Mis montañas* el acontecimiento estético es La Rioja y su autor Joaquín V. González. Bajtín (1982) asegura que “un acontecer estético puede darse cuando hay dos participantes” (p.27). González reacciona frente al objeto, La Rioja, sus festejos, su paisaje, sus personajes, sus creencias, y el personaje estetizado es la familia patricia de González. La propia educación, sus experiencias y su concepción valorativa de los acontecimientos vivenciales. En *Mis montañas*, el objeto es pintar una región de La Rioja, festividades religiosas, cuadros y personajes típicos. Y la intención sobre el objeto es puramente evocativa. En el capítulo I “Cuadros de la montaña”, González [1892 (1934-1937)] dice:

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal [...] para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad [...] los recuerdos de infancia y la poesía de las regiones de portentosa belleza, donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores [buscaba el consuelo] que [...] anhelaba [...] en medio de esas luchas que solo a historia describe y analiza y en las cuales cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres, los desencantos del patriotismo inexperto y las infidencias de las amistades prematuras. Para eso, y para rendir tributo al pueblo en que he nacido [...] emprendí con algunos amigos, en marzo de 1890, un viaje al interior de la Sierra de Velazco.

De manera que la visión regional se une a la literaturización que estructura la estética de la producción Gonzaleana. Cuando decimos literaturiedad nos remi-

timos a Jonathan Culler que en *Teoría Literaria*, establece que “literariedad” es la categoría que hace que algo sea literatura. Las estrategias verbales específicas presentes en una obra literaria integradas estratégicamente para producir significación y goce estético. Por ejemplo: el uso de un lenguaje que exija un esfuerzo de interpretación “las fatigas que rinden el cuerpo y envenenan el alma” utilizado al comienzo del libro de González. Es mejor y más elegante decirlo de este modo que, por ejemplo, “el cansancio que ocasionan los esfuerzos físicos y mentales exigidos por las luchas políticas”. El lenguaje se focaliza en el mensaje que conlleva y, entonces, la obra se constituye en una estructura autónoma ligada al ejercicio de la imaginación del autor y del lector. Una estructura con un lenguaje polisignificante donde las connotaciones (sentidos figurados del lenguaje) puedan entrar en juego y porten sentidos ocultos, indirectos y significados complementarios. González introduce al lector en un mundo real presentado de forma que impresione, maraville, denote y connote. Denota un paisaje y hechos reales que parecerán fabricados y nos hace ingresar como receptores en un discurso autobiográfico.

Noé Jitrik (1997) en *El ejemplo de la familia*, nos informa que gran parte de la literatura argentina del siglo XIX está formada por memorias y cita ejemplos: las del General Paz o las autobiografías de Domingo Faustino Sarmiento o los diarios y charlas de Lucio V. Mansilla. A lo que nosotros podemos agregar casos anteriores a los de Sarmiento, el presidente de la Asamblea del año 13, Pedro José Agrelo. Cornelio Saavedra con ideas disímiles de Agrelo. Manuel Belgrano. Gervasio Antonio de Posadas. Juan Cruz Varela. Y después de *Mi defensa* de Sarmiento, dejan testimonios Florencio Varela, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Carlos Guido y Spano, Vicente Quesada, Santiago Calzadilla, Mariquita Sánchez, José Antonio Wilde, Miguel Cané. En la misma bibliografía, Noé Jitrik (1997) nos dice que “el gesto autobiográfico” es la historia subjetiva de un hombre que ha desempeñado un papel importante en un país, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada por las costumbres, los hábitos nacionales, las ideas dominantes.

Adolfo Prieto (1982), señala que en el siglo XIX hay una “actitud autobiográfica” (p.93) y es la necesidad del hombre que necesita justificarse ante la opinión pública. Prieto (1982) señala que las causas de esta actitud eran variadas y disímiles: prestigio de la riqueza, del poder o de la sangre, resistencia al cambio que protagonizaba nuestro país en el siglo XIX.

En efecto, pasamos de ser colonia a la independencia política de 1816, desde allí al período de anarquía y la organización nacional, para finalizar el siglo hasta las dos primeras décadas del siglo XX en el acceso a la modernidad y al modo

de producción capitalista.

Prieto (1982) conceptualiza a la producción autobiográfica como la que “marca el grado de comprensión de sí mismo respecto a los demás” (p.92). Pues su análisis comprende a las personalidades de los integrantes de las élites del poder o el prestigio de la sangre. Recordemos que Joaquín V. González, además de conformar el sector de poder, provenía de una familia patricia y no escapó del asombro que produjo a su generación, intervenir en el progreso material del país, entonces su estilo literario se compone de una posición analítica del país y del N.O.A., de la historia de los sucesos que vive la Patria desde que logró la independencia política hasta la organización nacional. Su padre, tomó parte en ésa empresa y fue perseguido durante las turbulentas guerras civiles que continuaron a Caseros. Nicolás Dávila, su abuelo, junto al coronel Francisco Zelada cruzaron la cordillera de los Andes hacia Copiapó para auxiliar a las columnas del general José de San Martín.

Como Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, González asocia su vida a la historia de su familia y al nacimiento de la república pero González va más allá, incluye al paisaje nativo, personajes típicos, devociones religiosas, rastros de la civilización incaica, fiestas populares.

En *Mis montañas* no hay una “marcada intención autobiográfica” como lo dice Adolfo Prieto. Sino que Joaquín V. González [1892 (1934-1937)], junto a los acontecimientos de su vida, nos transmite sus experiencias infantiles, el aprendizaje escolar junto a la atmósfera del hogar de su niñez. Nos advierte lo que la anarquía está causando en el país:

Mis padres y otros patriotas de la provincia [...] pudieron escapar a las hordas de Facundo [...] eran el blanco, la presa codiciada de las turbas desenfrenadas [...] Unos volvieron a Chile, otros se asilaron en las provincias vecinas y los más infortunados tuvieron que caer exánimes bajo el cuchillo mortífero.

Nos cuenta del negro Joaquín que era a la vez, custodio de la familia y maestro de las primeras letras:

[...] los antiguos esclavos, quienes por gratitud a la libertad que se les dio en homenaje a la Revolución de 1810, se esclavizaron más por el amor a sus amos a sus antiguos amos, hasta dar la vida por defenderlos [...] lealtad a muerte nacida de la comunidad del sufrimiento entre señores y criados el cuyas relaciones más parecía obrar el vínculo del amor que el de la servidumbre [...] el negro Joaquín, esclavo de mi bisabuelo se quejaba cuando se le prohibía servir la brasa en la palma de la mano, donde la sostenía sin el menor dolor porque las faenas del campo le habían encallecido la piel. [,,] en sus brazos se criaron mi abuelo mi padre y mis tíos [...] era un hombre libre que pagaba con abnegación el cariño

acendrado de sus amos [...] era el maestro que enseñaba a montar a caballo, entretenía en el paseo por las sierras cercanas, asimilaba a la vida campesina, mostraba el arte de enlazar un caballo [...] enseñó a no tener miedo a los difuntos y los vivos levándonos a largas expediciones, pasar la noche al raso, durmiendo sobre el suelo en el fondo de una quebrada oscura, donde se decía que bajaba el diablo y donde las brujas celebraban sus fiestas espeluznantes.

Nora Catelli (2007) sostiene que la autobiografía es la subjetividad que tiene valor en el discurso y desde ese lugar se localiza en la fiabilidad textual de lo íntimo y coincide con Adolfo Prieto (1980) en que la existencia de la literatura autobiográfica se pone de moda en la literatura Argentina en la década de 1880, como actitud generacional y consecuencia de la modernidad y la inseguridad que vive el hombre ante un mundo cambiante que lo obliga a convertirse en centro de la escena donde los políticos eran escritores que consideraban sus destinos ligados al de la Patria y muchos como por ejemplo Eugenio Cambaceres abandonaban su actividad política para dedicarse de lleno a las labores literarias.

González nos muestra el paisaje de su terruño natal, las costumbres, las experiencias infantiles, los aprendizajes; pero también nos muestra el ensañamiento que tuvieron con su entorno familiar los personeros de la anarquía que envolvió el país hasta el período de la organización a través de la sanción de la Constitución.

En ese paisaje se destaca la muestra de la Sierra de Velazco que es el anuncio del comienzo de la Cordillera de los Andes, allí se encuentran huellas arqueológicas, restos de la vivienda del misionero y la enormidad del paisaje sorprende al viajero. La noche tiene su lenguaje y en el silencio se escuchan ruidos extraños que alimentan la imaginación. Las descripciones de las montañas son como pinceladas impresionistas sobre la tela. En la llanura de una meseta aparece un Pucará, que eran los puestos de vigilancia de los huacos, las ciudades fortificadas de los Incas. Y en su imaginación cabe la última batalla de los Incas, armados con piedras y flechas contra las armas de fuego que traía el conquistador, en defensa de las poblaciones que poblaban las montañas de La Rioja, últimos bastiones de la gran familia Calchaquí en rendir sus armas. Que no obstante no se doblegaron ante la espada y el arcabuz sino a la fuerza del Evangelio sostenido por Francisco Solano, artífice de la evangelización del hombre originario que luego en su fusión con el europeo daría lugar a la raza criolla.

En "Costumbres campesinas", capítulo incluido en *Mis Montañas*, González [1892 (1934-1937)] registra la fe católica que queda como vestigio de esa guerra de conquista que sólo terminó cuando el misionero plantó la cruz en lo más

alto de las montañas y las comarcas andinas actuales que presentan sus templos sencillos y sus costumbres religiosas.

Venían los músicos seguidos de una multitud de hombres mujeres y niños, [...] vestidos de domingo, los hombres con chaqueta blanca y almidonadas, dejando ver por debajo del sombrero la huincha de seda punzó. Ensilaban con las monturas de gala, con caronas esquinadas de charol reluciente y riendas chapeada de plata [...] montado en un asno, camina un hombre llevando en la cabecera de su recado una imagen de la Virgen, [...] Es la Semana Santa, y la Madre de Dios va a acompañarle al sacrificio. La población de cinco leguas a la redonda de la aldea la sigue en su peregrinación [...] Allí surge [...] el sentimiento argentino nacido de la tierra, que vibra en sus vientos cadenciosos, [...] la gracia de sus aves nativas, que vuelan con la solemnidad de sus cóndores [...] Allí están la historia y los elementos ignorados del grave problema nacional no abordado todavía; [...] Leyes, religión, poemas e historia se ciernen en confusión, difusos [...] sus principios sus fórmulas van borrándose con la invasión desordenada de lo externo, de lo ajeno, de lo exótico, constituyendo un progreso institucional extraño a nuestra naturaleza, que no tiene nuestra savia y nuestro aliento vitales.

González, registra así los elementos de una parte ignorada del país, donde vive lo autóctono y lejano a la urbe "invadida" por lo externo. Aquí está el surgimiento nacionalista de fines del siglo XIX que hablábamos; los detalles del país que crece al margen, con sus vivencias y paisajes regionales olvidados porque están alejados de las urbes pero están grabados en la impronta nativa en sus vivencias particulares y sus modos de vida.

Noé Jitrik (1997) en *El ejemplo de la familia* realza el valor autobiográfico que tienen los recuerdos familiares, las casas paternas, las estirpes, los hechos y lugares de la infancia:

El sesgo autobiográfico se acentúa cuando González [1892 (1934-1937)] habla de su familia, antiguos patricios provincianos, y sus padecimientos durante la época de la anarquía.

[...] cuando he recordado la historia sombría de los primeros años de mi vida, transcurridos en medio de las peregrinaciones de mis padres, perseguidos por la cuchilla y la lanza de los bárbaros en la época dolorosa de nuestra anarquía [...] Mi padre y otros patriotas de la provincia, descendientes de las más distinguidas familias que pudieron escapar a las hordas de Facundo, trasmontando los Andes en 1828, eran el blanco, la presa codiciada de las turbas desenfundadas. Unos volvieron a Chile [...] otros se asilaron en las provincias vecinas, y los más infortunados [cayeron] bajo el cuchillo mortífero. Mi familia, huyendo [...] fue a buscar descanso [en el valle del Huaco (actual Antinaco-Los Colorados)] sin sospechar que hasta allí llegaría el odio de los bárbaros

González refiere en estos recuerdos las desventuras de su padre y amigos patricios como una sinécdoque, en el metalenguaje de Jitrik (1997), de las luchas intestinas del siglo XIX entre los caudillos y la clase liberal que protagonizará las décadas finales del siglo. Con el mismo propósito presenta otros pasajes y la figura de los negros que ante el beneplácito de los patricios continuaban su servidumbre por propia elección más allá que se hubiera decretado su libertad. Y desde su aldea provinciana mira la contemporaneidad y con conciencia nacional lo que desencadenó la inmigración. Vimos en párrafos anteriores que Domingo Faustino Sarmiento también, hacia fines de siglo, advirtió los problemas que el cosmopolitismo causaba a la nación pródiga y acogedora pergeñada por el pensamiento liberal de la generación romántica.

Los únicos que brindaban “seguridad y custodia” a aquella familia eran los negros criados en el seno familiar a los que se les dio la libertad después de 1810 pero ellos se quedaron cuidando a la descendencia unidos por los lazos de la gratitud. Los recuerdos de estos ex esclavos unidos por la fidelidad del amor más que por la servidumbre señalan en González una visión aristocratizante de la sociedad -según Adolfo Prieto (1982)-, dividida en hombres nacidos para mandar y otros para obedecer; para este crítico de la literatura argentina esta visión fundada en distinciones de sangre se asienta en lejanos recuerdos de la infancia y son rasgos de la literatura autobiográfica argentina.

En *La tradición nacional*, González [1888 (1934-1937)] había dicho que la conquista fue realizada por el soldado español pero a su lado llegaba el sacerdote católico persuadiendo con los misterios del nuevo Dios y poniendo la impronta espiritual y cultural. En el capítulo “El niño alcalde”, incluido en *Mis Montañas*, González [1892 (1934-1937)] cuenta la festividad del Tinkunaco que aún se celebra el primero de enero de cada nuevo año. Atribuye a la educación colonial la persistencia de la fiesta religiosa y popular.

[...] las costumbres populares [mantienen] vivas las huellas de la antigua cultura, con sus ideas, sus hábitos y sus tradiciones, que se traducen en sus fiestas y en los diversos aspectos exteriores de su vida. Ésta refleja el pasado, en cuya fisonomía se ve la influencia profunda que ejerció [...] la conquista religiosa [...] celébrase el primer día del año [...] la conversión de las tribus que disputaban a las armas españolas el dominio del valle donde habían levantado [...] la ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja. Siempre tras del general venía el sacerdote, tras de la espada la cruz [lo que se celebra es] la gran solemnidad de la conversión realizada por San Nicolás de Bari, auxiliado milagrosamente por el niño Jesús en un momento supremo. Los Padres Jesuitas dieron forma litúrgica y social al hecho histórico [...] Eligieron el más respetable de los indios convertidos, y lo

cubrieron con la investidura regia de los Incas; diéronle el gobierno inmediato de todas las tribus sometidas y el carácter de gran sacerdote de la institución, como un trasunto del que revestía el emperador del Cuzco. Los caciques obtuvieron el nombre y oficio de *alféreces*, o caballeros de la improvisada orden [...] Doce ancianos llamados *cofrades* forman el Consejo de aquella majestad extraña [...] que asistía a los reyes del Perú. Viene en seguida la clase popular de los *allis*, u hombres buenos, que son los que reconociendo la dignidad real del Inca [dedican] al culto y a la devoción del Niño Dios, erigido, según la tradición, en “Alcalde del mundo”. Se le llama el *Niño Alcalde*, y San Nicolás es su lugarteniente en la tierra. Juan Aurelio Ortíz (2003), en su opúsculo sobre la celebración del *Tinkunaco*. En las referencias) cuenta el origen de la celebración: fue un conflicto entre españoles y diaguitas que se resolvió pacíficamente y para entenderlo es preciso que hagamos una distinción entre el hecho histórico acaecido en 1593, es decir a dos años de fundada La Rioja, y la ceremonia religiosa que comenzó aproximadamente a mediados de 1600.

El hecho histórico sucedió el jueves santo 15 de abril de 1593 cuando Francisco Solano (1549-1610), entonces misionero franciscano luego canonizado en 1726 por el papa Benedicto XIII, arengó a cuarenta y cinco caciques con su tropa de nueve mil guerreros que venían a cortar el agua a la ciudad, quienes después de oír al misionero se pusieron de rodillas y le pidieron, llorando, que les diera el sacramento del bautismo; Solano los abrazó en señal de paz y bautizó a los nueve mil pobladores originarios. Los diaguitas aceptaron la propuesta de paz pero la condicionaron a dos cláusulas: la renuncia del Alcalde y la designación del Niño Dios en su reemplazo.

La ceremonia religiosa “la forma litúrgica y social del hecho histórico” la dieron los jesuitas que llegaron a La Rioja en 1624 y se encontraron con que el hecho histórico estaba fresco en la mente del pueblo entonces para fijarlo definitivamente en la memoria colectiva decidieron crear una ceremonia religiosa que es el actual Tinkunaco. Rescatado de la historia cultural de España donde moros y cristianos representan y ponen en escena dramas donde hay contiendas entre un bando moro y otro cristiano. El mensaje que dejaban esos dramas españoles el restablecimiento del orden y el poder político y el acatamiento a la Iglesia Católica.

Cuentos

Cuentos, es de 1894, su estilo es similar al de *Mis montañas* sin llegar a su tono pero continúa la especie autobiográfica, porque sigue esbozando al espíritu na

tivo y regional, las historias de su pueblo montañés, sus personajes peculiares, sus recuerdos de la infancia impregnados del vigor de la tierra, la suya, que pinta con originalidad. Aquí también tienen cabida los personajes típicos del pueblo, el solar natal, y el recuerdo patricio cuando González [1894 (1934-1937)] relata:

Allí está Nonogasta, asiento legendario de mis ascendientes, cubierto de viñedos y alfalfares, y cruzado de arrogantes alamedas que se divisan de lejos como las avenidas de un paraíso de inalterable ventura, de inextinguible verdor.

También está el recuerdo para la humanidad con la que la familia trataba a la servidumbre y su descendencia como el caso de “Mauricio” retratado en una de las historias de *Cuentos*:

Él era uno de los muchachos más queridos de toda la hacienda; descendía de los viejo servidores encanecidos en compañía de sus amos, y era respetado por los de su clase por algo superior reflejado en el acento, en la mirada y los modales ennoblecidos por la proximidad de los patrones [...].

Encontramos su concepción modernizante de las bibliotecas como instrumento de cultura y liberación de los pueblos. Y el establecimiento y progreso de las vías férreas como signo del progreso que vivió la nación en la época a la que nos referimos:

[En nombre del gobierno nacional se hizo entrega al pueblo natal] de la primera biblioteca popular, establecida en ese sitio para ir a buscar la luz de la verdad y a iluminar las conciencias, para conocer los derechos de cada uno y para ser más libres [El suelo desolado despertó también] al silbato estridente de la locomotora [...] debió asemejarse al clarín de la resurrección resonando en una inmensa necrópolis.

Historias

Historias, es un libro publicado en 1900 y fue una obra aprobada por la Dirección y Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires, para servir de texto de lectura en los 4º y 6º años de las escuelas comunes.

Lleva una carta-prólogo del Dr. Carlos Berg, investigador en Ciencias Naturales, a quién González le dedica la leyenda *El señor del agua* por su artículo sobre el Escuerzo (Anales del Museo Nacional, tomo V, p. 166) y al poeta Rafael Obligado por el Sapo del Saladillo. Ambos escritos vindicatorios del sapo.

La leyenda “El señor del agua”, incluida en *Historias*, trata de un “sapo gigantesco”. La historia está inserta dentro de la corriente literaria fantástica cultivada por la generación del ochenta que se apoya en datos de la experiencia cotidiana y que hacen volar la imaginación. El batracio vive naturalmente entre los cerros

del cordón precordillerano del Velazco custodiando una cavidad natural de arcilla que se llena de agua de lluvia y del rocío nocturno cuyo líquido sirve para que las mulas de los transeúntes y arrieros sacien la sed. Por lo que la leyenda del singular batracio está también inserta en la literatura montañesa de González [1900 (1934-1937)].

Así, no es extraño que los arrieros de mi provincia puedan conversar con el sapo majestuoso de la gruta, y celebren con él, no ya los convenios transitorios del comercio de aguas, sino los coloquios ya amistosos, ya airados, a veces, que su vario humor les sugiere [...] Hijo autóctono de la tierra andina, por más que reconozca parentescos en la historia de otros continentes, como las razas humanas, él está ajeno a todo cuanto se escribiera para denigrar a sus semejantes.

Declara González [1900 (1934-1937)] que la tradición literaria de la figura de los ofidios y batracios deviene de los tiempos en que Zupay -diablo en las mitologías andinas aimará e inca- dominaba las mentes cuasi mágicas de los pobladores de América y eran equiparables al reptil que protagonizara la desobediencia primitiva de Adán y Eva, la figura del batracio presidía los aquelarres y era caracterizado como:

[...] la de un sapo corpulento y abigarrado, cuya espalda de verdosos y amarillentos reflejos, cuyo vientre blanco o violáceo y cuya cabeza triangular y ojos exaltados, satisfacían las exigencias aparatosas de las grandes congregaciones que debía presidir sobre un trono resplandeciente.

Leopoldo Lugones (1874-1938) en su obra prosística recurre a la temática en *El escuerzo*, pero no lo refiere como un animal diabólico sino como un pequeño animal vengativo.

En la actualidad, dice González [1892 (1934-1937)], los batracios son enemigos de los ofidios a quienes vencen con artilugios y ardides cuando los sorprenden dormidos formándoles una especie de muralla con su baba verdosa que les provoca náuseas seguidas de muerte. Los batracios viven entre la humedad derivada de las lluvias escasas o de los deshielos que se filtran entre las rocas inquebrantables, y forman un anhelo del agua de las zonas semidesérticas.

[...] Como toda idea o sentimiento colectivo se condensa en el símbolo, este universal anhelo del agua, en la región andina de La Rioja tiene, sin duda, el suyo, en aquel sapo solitario de forma y aspecto fósiles, como arrancado del muro de un templo antiguo.

En “La Maestra de palotes”, también incluido en *Historias*, González [1900 (1934-1937)] recuerda a Augusta, su maestra de la infancia que en su finca paterna le enseñara los rudimentos de la escritura.

Y junto a este recuerdo añade un recurso de “repetición” sobre el tema de las

luchas internas. Tema que ya en *La tradición Nacional y Mis montañas* lo había abordado y más tarde, en 1910, lo haría en *El juicio del siglo*. Esta vez, en “La maestra de palotes”, recuerda la llegada a Nonogasta, su pueblo natal, del Coronel Felipe Varela.

Estrépito infernal, [...] turbó un día [la paz] de aquel idilio delicioso. Una nube de polvo, espesa y extendida a lo largo del camino que desciende de la montaña al valle, divisada por los hombres de la finca, anunció la catástrofe. [La tranquilidad se trocó] por la expresión del miedo [...] Sólo mi maestra de palotes mantuvo su bondadosa sonrisa para todos los niños [...] nos condujo con sus suaves e inalterables caricias hacia la huerta y nos ordenó estar quietos bajo un espeso bosque [...] No tardamos en escuchar estridores de clarines, [...] Llegaban [y vimos que asomaban] las puntas de lanzas, adornadas con banderolas de sangre, [alguien dio la noticia] –Han entrado los montoneros. El comandante Varela con su escolta se aloja aquí en casa, hasta mañana. [vimos] ese aparato marcial y [conocimos] de cerca al hombre que, para nuestra imaginación, era como los gigantes de los cuentos [...] mi maestra, llevándome protegido por sus brazos, se acercó al corredor y saludó al jefe, que en ese instante podía disponer de todas las vidas y las haciendas [él] puso en mi cara su mano rugosa [me atraían] sus prominentes facciones y su gran bigote [como demostraba miedo] creyó el sanguinario invasor que debía hacerme mayores agasajos, y alzándome sobre sus rodillas me habló varias veces y me dijo ¿Quiere irse conmigo? [...] a mi preceptora se le ocurrió auxiliarme [...] le contó mis travesuras, le habló de mi glotonería, y por último se fue a traerle mi plana de palotes.

El mismo recurso discursivo se despliega en otro capítulo de *Historias*, “El patrono del Huaco” en varios acontecimientos. El paraje del Huaco fue narrado también en *Mis montañas*, junto al detalle autobiográfico y la llegada de los misioneros jesuitas fue relatada en *La tradición nacional*:

El Huaco fue un fuerte de la indomable tribu que la conquista española encontró poblando las faldas orientales de los Andes, en la provincia de La Rioja, la de los bravos calchaquíes [...] La conquista religiosa penetró antes que la militar, porque los indígenas, como los niños, están más dispuestos a ceder al arrullo del amor que al empuje de la fuerza. [...] El Huaco, fuerte militar de los calchaquíes, se convirtió en asiento de una misión jesuítica; y al abandonar los Padres sus posiciones americanas, dejaron también en aquel lugar de las montañas los restos de su paso....

Los sacerdotes jesuitas dejaron en la chozas del paraje del Huaco las imágenes de los Santos, fieles seguidores de Jesús, para que las generaciones posteriores los adoraran y en sus conciencias quedó una mezcla de la supersticiones

con la nueva fe. González, en un nuevo pasaje autobiográfico, cuenta que en ese lugar se establecieron sus antepasados. Allí se dedicaron a la agricultura, haciendo dar frutos a la tierra que, por influencia de los Padres jesuitas, como cuenta también en *La tradición nacional*, tenía su santo patrono y todavía sigue siendo San Isidro Labrador cuya fiesta se celebra el 15 de Mayo. En “El patrono del Huaco” cuenta de su infancia:

En lo alto de aquellas montañas he aprendido a balbucir mis primeras palabras, y sus espectáculos gigantescos me enseñaron desde niño a tener fe en el trabajo y en el pensamiento del hombre. Quizá también allí aprendió mi corazón a desafiar las tempestades.

También en “El patrono del Huaco”, refiere que la historia de San Isidro se la narró “un anciano criado de mi padres”. Recurre al tema de la servidumbre como en *Mis montañas*. El criado lo hacía admirar las montañas y sus picos elevados en excursiones que duraban todo el día. Pero una vez llegaron a una fosa vacía abierta en medio de una piedra, el anciano refirió que en esa fosa encontraron la imagen de San Isidro con la campanita y la yunta de bueyes. El encuentro fue en una época de gran sequía que había durado tres años, andaba toda la servidumbre explorando las piedras en búsqueda de alguna vertiente para sacar agua y paliar la sed del ganado y sembradíos cuando en esa fosa encontraron la imagen de San Isidro. La imagen fue llevada a la casa de los amos donde se le levantó un altar y se elevaron plegarias pidiendo la lluvia, entonces sobre la tierra cayeron gruesas gotas de agua.

Entonces, tus abuelos, mis amos dijeron que desde aquel día quedaba San Isidro declarado Patrono del Huaco y de todos sus campos de pastoreo y labranza [...] Mandaron construir una capilla, y en ella se ofrecen hasta hoy las oraciones de todos los que vivimos aquí, y cada vez que la sequía amenaza destruir y matar de sed y de hambre los ganados, hacemos las mismas rogativas que las del día del milagro [...] Emprendimos la vuelta [y] seguía a mi viejo amigo con la frente sombría y el labio mudo [...] Mi espíritu, lleno de temores supersticiosos, sólo pudo fortalecerse, cuando delante de los libros de la ciencia y de los fenómenos visible, pudo deducir las verdades grandes y pequeñas que brotan con el ejercicio libre e independiente de la inteligencia. Me ausenté de la casa de mis nlos caudillos dominó mi tierra nativa, ese hogar pobre pero querido fue azotado por el robo y la matanza, y mis padres desterrados de él, vagaron sin rumbo ni reposo, sin tener donde reposar la cabeza.

Aquí plasma su adhesión al positivismo y hay una recurrencia al tema de los caudillos que persiguieron a su familia.

Conclusión

Para terminar me apoyaré en los conceptos de Leonor Arfuch (2010) para sostener que “la vida y la realización personal son el mayor bien de cada individuo” (p.61). Esa intimidad se convierte “en refugio” del avance sobre la privacidad por eso prefiero situar a las obras de Joaquín V. González entre las obras del llamado “espacio biográfico” porque sitúan la ubicación del individuo en la sociedad, en el espacio mínimo y significativo del clima y los imaginarios de época que son las evocaciones de toda construcción cultural.

Referencias

- Bajtín, M. (1982). Autor y personaje en la actividad estética. *En Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Brunner, J. J. (1992); *América Latina: cultura y modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- Catelli, N. (2007). *En la era de la intimidad. El espacio autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo editora.
- González, J. V.; *Obras Completas*. Bs. As. Senado de la Nación 1934-1937.
- Jitrik, N. (1997). *El ejemplo de la familia. Ensayos y trabajos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ortíz, J. A. (2003); *¿Qué es el Tinkunaco?* La Rioja: Master Impresiones. La Rioja.
- Prieto, A. (1980). La generación del ochenta. La imaginación. *En La historia de la Literatura Argentina. Fascículo nº 27*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Prieto, A. (1982). Biblioteca Argentina Fundamental. *En La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina (pp. 181-187).
- Romero, J. L. (2013). *Breve Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica